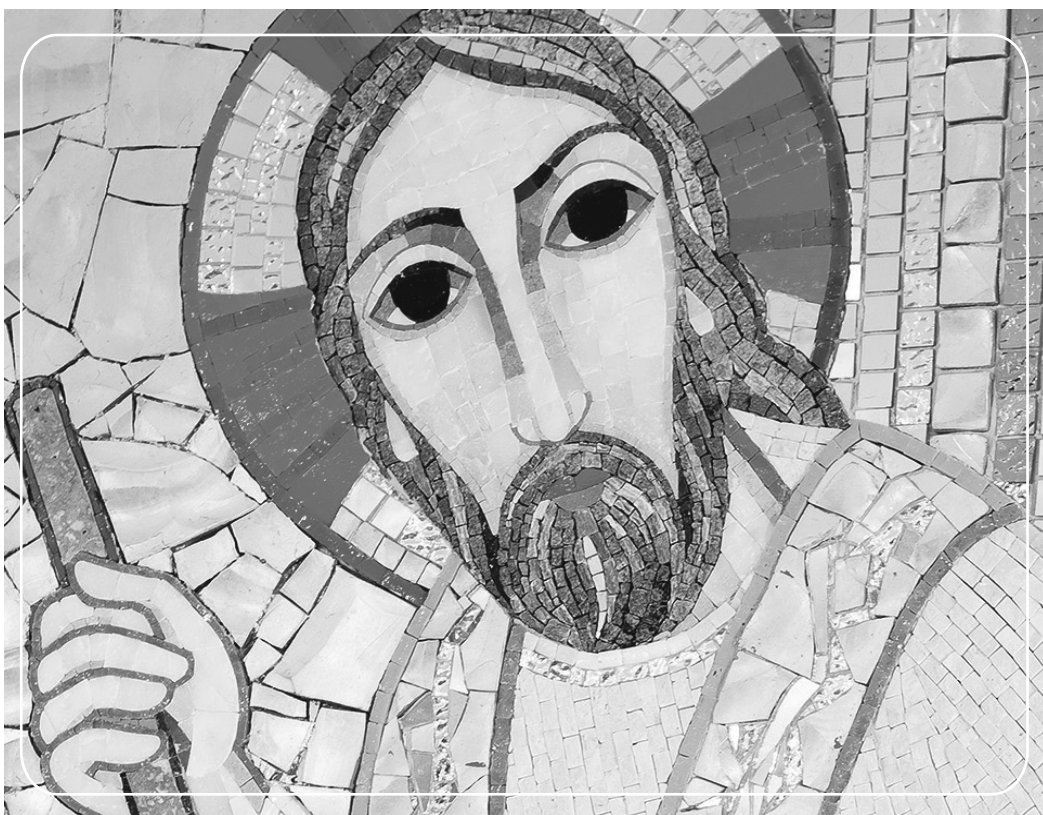


Sé de quién me he fiado

Día del Seminario 2013

Catequesis para adultos



CATEQUESIS PARA ADULTOS

Oración inicial

«Míranos, Señor, escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Colma nuestros deseos y seremos felices; sin Ti todo es hastío y tristeza. Ten piedad de nuestros trabajos y de los esfuerzos que hacemos para llegar hasta Ti, ya que sin Ti nada podemos. Enséñame a buscarte, muéstrame tu rostro, porque si Tú no me lo enseñas no puedo buscarte. No puedo encontrarte si Tú no te haces presente. Te buscaré deseándote, te desearé buscándote; amándote te encontraré, encontrándote te amaré» (san Anselmo).

Manteniendo el clima de oración y silencio proponemos escuchar ahora contemplativamente el salmo 79, musicalizado por la hermana Glenda, “Que brille tu rostro”, n. 12 del disco “Con nostalgia de ti” (Producciones La Raíz).

1. SABER CONFIAR, SABER ESPERAR

Hemos de reconocer que a menudo caminamos envueltos por las tristezas de este mundo difícil. Hay ocasiones en las que el peso de la vida se hace especialmente duro de llevar. Incluso la vida despreocupada de los satisfechos nos tienta el corazón como una burla hasta hacernos dudar (más de lo que somos conscientes) de la verdad, la bondad y la belleza de nuestra fe. Hay momentos en que parece que se nos agotan las fuerzas a la hora de vivir la comunión y la misión que nos ha sido encomendada a los bautizados, “piedras vivas” de la Iglesia y “fermento” en medio del mundo. En este vendaval de malas noticias y ante la falta de éxitos pastorales sentimos la tentación de arrojar la toalla en el esfuerzo por vivir con confianza los caminos de Dios. Sin embargo, como dice un conocido escritor: «La fe sobrevive a las plagas y es capaz de salvar el mundo; lo demás son pataleos frenéticos de un escarabajo panza arriba» (J. M. de Prada).

Cada uno de nosotros somos “heraldos” de un Rey muy especial. Pero, ¿cómo es ese Rey tan especial y qué ha visto en mí para darme tal privilegio? ¿Qué tipo de “heraldo” soy yo y qué “heraldo” estoy llamado

a ser? Leamos una preciosa historia, “El heraldo del Rey”, que relata D. Alexandre. Después reflexionaremos personal y grupalmente en sus contenidos para que caigamos en la cuenta de la importancia que tiene en nuestra vida saber confiar, saber esperar.

Entre todos los que servían en el ejército del Rey eternal, ninguno se señalaba tanto en el servicio de su Señor como aquel caballero que había sido capitán en los Tercios de Flandes. Desde el punto y hora en que decidió abandonar los vanos honores mundanos para militar bajo la bandera de su Rey, hizo de su vida “oblación de mayor estima y momento”, y nadie podía aventajarle ya en generosidad y en valentía. Sobrellevaba la austera disciplina de la nueva milicia con grande ánimo y liberalidad, y siempre se mostraba esforzado y dispuesto a acudir a los servicios más duros y a los puestos más arriesgados.

El Rey decidió nombrarle heraldo real y le confió el reclutamiento de nuevos soldados. El capitán que había venido de Flandes se sintió muy orgulloso de aquel privilegio tan grande, del que no se sentía digno. Marchó por ciudades y aldeas, y en cada una de ellas pregonaba el mensaje de su Rey: “Es mi voluntad de conquistar el mundo entero y vencer a todos los enemigos...”. Cuando acababa la lectura, el heraldo seguía hablando y exhortando a cuantos quisieran escucharle a alistarse en el servicio de tan alta causa. No ofrecía una vida fácil ni ocultaba las asperezas que les aguardaban ni los trabajos y fatigas que habrían de soportar. Pero el Rey se lo merecía todo, y era tanto el ardor y convicción que ponía el heraldo en sus palabras que muchos jóvenes, nobles o villanos, lo dejaban todo e iban a ponerse bajo la bandera de aquel Rey tan magnánimo.

El camino de regreso al campamento era largo y, al anochecer del primer día de marcha, entraron a dormir en una posada. Algunos de los recién alistados bebieron más de la cuenta, y el heraldo los despidió encolerizado: no eran dignos de estar al servicio de su Señor. Durante el segundo día de camino, algunos manifestaron cansancio y se detuvieron a beber en una fuente. “Solo los fuertes pueden servir a mi Rey”, dijo el heraldo; y les ordenó que regresasen a sus casas. Durante la cena de aquella noche, otros se pusieron a discutir acerca de quién de ellos debía sentarse a la derecha de su nuevo jefe, y tampoco a estos les permitió seguir en su compañía: no habían sabido dejar atrás la ambición de honores y dignidades.

Pasaron la noche en las ruinas de una fortaleza abandonada, y el heraldo determinó quiénes debían quedarse de guardia con él. A los que se dejaron vencer por el sueño los despidió a la mañana siguiente: al Rey había que serle fiel también en la vigilia. Cuando reemprendieron la marcha, quedaban ya muy pocos, y el heraldo iba muy desconsolado. Les atacó una cuadrilla de bandidos, y los jóvenes que quedaban salieron huyendo; el heraldo, al verse solo, huyó también, abandonando el estandarte.

Regresó al campamento malherido, derrotado y solo. Lleno de confusión y vergüenza, refirió al Rey el fracaso de su misión y le suplicó que en adelante le tuviera por perverso caballero y le retirase su cargo de heraldo, ya que no había sabido encontrar jóvenes capaces de comprometerse dignamente en el servicio de su Reino, y ni siquiera él mismo había tenido el valor de defender hasta la muerte su bandera. El Rey le escuchó en silencio y ordenó después que le curasen sus heridas y que, cuando estuviera restablecido, le dieran el oficio de centinela. En cuanto pudo tenerse en pie, el antiguo capitán venido de Flandes se incorporó a su nuevo servicio. Tanta era su ansia por reparar su anterior cobardía que no esperó siquiera a ver cicatrizadas del todo sus heridas. Durante las largas horas de vigilia de su primera noche de guardia, se lamentaba largamente de que el Rey no pudiera contar con un heraldo de conducta intachable ni con unos soldados de ánimo esforzado.

En la tercera vigilia de la noche, oyó pasos a su lado. Ya iba a dar el alto cuando se dio cuenta, con asombro, de que era el Rey mismo quien se había acercado hasta su puesto de guardia. Hincó la rodilla en tierra, pero el Rey le puso las manos sobre sus hombros y le hizo levantarse. Luego, en la oscuridad de la noche, como un amigo que habla a su amigo, le confió su propia historia: también él, cuando había llamado por primera vez a los suyos, había creído que se trataba de esos compañeros que permanecen fieles en las tribulaciones, de los que no se duermen cuando los necesitas ni te abandonan cuando llega el peligro, de los que nunca reniegan de haberte conocido. Luego resultó que no eran así, pero él ya no podía evitar quererlos, ya no era capaz de volverse atrás de su palabra dada, ya no podía dejar de contar con ellos. Se había acostumbrado a quererlos así, tan frágiles, tan vacilantes, tan cobardes... Así que decidió seguir confiando en ellos y se arriesgó a dejar en sus manos la tarea de conquistar el mundo y extender su Reino. “Y al final no me defraudaron”, dijo con ternura mezclada de orgullo. **“Pero hay que saber confiar, hay que saber esperar...”**

Las palabras del Rey iban cayendo mansamente, como el rocío de la noche, en el corazón del centinela. Antes de marcharse, el Rey le entregó un mensaje sellado: “Léelo cuando amanezca”, le dijo.

Al llegar la madrugada, el centinela desenrolló el pergamino y, al leerlo, sintió que le temblaban las manos y se le humedecían los ojos: el Rey le reponía en su cargo de heraldo y le enviaba de nuevo a llamar a todos cuantos quisieran alistarse a su servicio. “Es mi voluntad de conquistar todo el mundo y vencer a todos los enemigos...”

Eran las mismas palabras, pero el heraldo ya no era el mismo. Enrolló de nuevo el pergamino y esperó a que llegara el relevo de la guardia. Cuando se puso en camino, en el cielo se apagaban las últimas estrellas.

Pistas para la reflexión y el diálogo

* Comentamos espontáneamente lo que más nos ha impactado del relato; sobre todo respecto de la transformación que se ha obrado en el “heraldo” y del camino de conversión (= cambio de mentalidad y de corazón) que también nosotros estamos llamados a recorrer.

* El heraldo no fue elegido por sus cualidades o vida intachable, sino por puro amor gratuito de su Rey. Su vida da un giro de 180° cuando descubre la fuerza que le da el Rey en medio de su fragilidad, de la duda y la cobardía.

* Las pruebas de la vida que a menudo percibimos como negativas, ¿no querrá Dios que las aprovechemos para que, cada vez más, aprendamos a ponernos en sus manos y crezca nuestra confianza en Él?

* Solo desde el descubrimiento de que Dios cuenta con mi “arcilla” (cosa que a nosotros nos cuesta mucho más aceptar) podré asumir la importancia de saber confiar y saber esperar (en uno mismo, en los demás y en Dios).

* El rey se fía de sus heraldos. Jesús siempre se fiará de sus discípulos y creará en torno suyo un clima de confianza mutua. ¿Nosotros nos fiamos también de aquellos a los que Dios ha querido y quiera llamar al sacerdocio por imperfectos que sean?

* La actual “sequía vocacional” que sufrimos, ¿no te cuestiona si rezamos con insistencia y total confianza en Dios? ¿Falta preocupación y oración personal y comunitaria para que haya “heraldos” del Rey de reyes (vocaciones a la vida sacerdotal)?

2. TESTIGOS DE LA FE, ESLABONES DE LA CONFIANZA

- Como aquel heraldo que se puso en camino transformado por la confianza en su Rey así también hemos de recordar y profundizar en esa gran cadena de la confianza formada por tantos y tantos testigos de la fe que nos anteceden, acompañan (*Heb 12, 1*) y motivan a caminar por su misma senda de la entrega a Dios. Acordémonos de **Abrahán** y de **Sara**, su mujer, y de tantos otros que murieron sin haber alcanzado la realización de las promesas, pero a la luz de la fe perseveraron como peregrinos aspirando a una patria de vida plena junto a Dios (*Heb 11, 13-16*). Recordemos también a **Moisés** que atravesó el desierto junto a un pueblo a veces animoso, otras quejumbroso, pero nunca abandonado por Dios. Después de él tantos **profetas** mediante los que Dios prometió renovar la Alianza que hecha en el Sinaí.

- Benedicto XVI nos invita a que «a lo largo de este Año decisivo volvamos a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado (...). Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en **Jesucristo**, “que inició y completa nuestra fe” (*Heb 12, 2*): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano (...). Por la fe **María** acogió la palabra del ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de la entrega (cf. *Lc 1, 38*) (...). Por la fe, los **Apóstoles** dejaron todo para seguir al Maestro (cf. *Mt 10, 28*) (...). Por la fe, los **discípulos** formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (cf. *Hch 2, 42-47*). Por la fe, los **mártires** entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio (...). Por la fe, **hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo**, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica de la obediencia, la pobreza y la castidad (...). Por la fe, hombres y mujeres

de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. *Ap* 7, 9; 13, 8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la **familia**, la **profesión**, la **vida pública** y el desempeño de los **carismas y ministerios** que se les confiaban» (*Porta fidei*, n. 13).

- ¿En qué medida también nosotros, “aquí y ahora”, vivimos por la fe? ¿Nos sentimos un “eslabón” firmemente unido a esa cadena de hombres y mujeres llenos de Dios? ¿Nos ponemos las “gafas de la fe” para captar las huellas del Señor Resucitado, presente en nuestra vida personal y en nuestra historia? Hay que reconocer que aún nos queda mucho por aprender a la hora de poner nuestra confianza en Cristo, de fijar nuestros ojos en el camino de su vida para no desesperar. Somos conscientes de que los trabajos en que nos empeñamos no siempre dan resultados y que el mal y la muerte nos acechan. Pero también estamos convencidos de que podemos hacernos uno con el cuerpo crucificado de Cristo para entregarnos a Dios y resucitar con Cristo en su amor (*Rom* 6, 8). Porque Él sabe de nuestros dolores y se compadece de nosotros hasta hacernos uno consigo en el mismo corazón de Dios (*Heb* 4, 15-16). Él es el puente hacia la vida, el terreno fértil donde sembrar todo lo que somos y lo que hacemos. Él es el mediador de Dios donde encontrarnos su abrazo misericordioso, la eterna morada preparada por Dios para acogernos en su misma vida (*Heb* 10, 19-21). Por eso, en medio de nuestras debilidades, si estamos **«arraigados y edificados en Cristo, afianzados en la fe» (Col 2, 7)** nos hacemos fuertes. Desde esa fortaleza en la Roca firme de Jesucristo es desde donde también el Papa, en tantas ocasiones, sigue urgiendo a continuar la misión del Maestro, a ser pescadores de hombres para Dios.

- Cada uno de nosotros (por el Espíritu Santo que se nos ha dado) tiene que poder llegar a decir en su corazón, o intuir al menos, **«¡sé de quién me he fiado!» (2 Tim 6, 14)**. Este convencimiento es fruto de un encuentro con el Señor, de una adhesión libre y confiada a su persona. Cuando esto sucede no deja a uno de brazos cruzados; sino que le moviliza a que otros también puedan llegar a conocerle y a gozar de su amistad con él. En este sentido todos los bautizados estamos llamados

a ser “pescadores de hombres”. No solo aquellos que han recibido una vocación sacerdotal. Pero también todos los que formamos la Iglesia de Cristo tenemos que preocuparnos y ocuparnos en que no falten niños, adolescentes y jóvenes que escuchen en su corazón la llamada del Maestro a dedicar enteramente su vidas a continuar esta misión grande y gozosa. Una vocación y una misión en la que se «recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más -casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones- y en la edad futura, vida eterna» (Mc 10, 30).

Pistas para profundizar en la reflexión y el diálogo

* Leamos detenidamente el n. 11 de la *Gaudium et spes* del concilio Vaticano II para tomar conciencia de la presencia del Señor en nuestra historia y motivar nuestra actitud de confianza al reconocer su presencia activa en los acontecimientos de nuestra vida.

* La historia es un buen punto de partida para el encuentro con Dios. Tratemos ahora de descubrir su presencia en la historia personal de cada uno (dejando unos minutos de silencio) y en la historia del grupo (una historia concreta de salvación, de alegría y penas...).

* Al igual que todos esos testigos de la fe antes citados o los mismos discípulos de Emaús (puede leerse Lc 24, 13-35) también nosotros estamos en “camino”. El Señor camina a nuestro lado pero necesitamos revivir, recrear, acoger y agradecer (sin juzgar ni criticar) los acontecimientos exitosos o dolorosos; como María, que «conservaba todo esto en su corazón» (Lc 2, 51).

*Aterrizando en el campo vocacional, ¿el descenso de vocaciones sacerdotales podría ser un “signo de los tiempos” que urja una mayor renovación o revitalización de nuestras parroquias, grupos y movimientos? ¿Un buen “termómetro” de nuestras comunidades no será su fecundidad vocacional?

* Pensando en mí, ¿qué resistencia o miedo importante necesito vencer como sacerdote, religiosa o laico para convertirme en agente de

pastoral vocacional con niños, adolescentes y jóvenes? ¿Creo que esto es solo “cosa” del equipo diocesano de pastoral vocacional?

* Está claro que la pastoral vocacional es una urgencia de todos los que somos Iglesia, no solo tarea de sacerdotes y religiosas. Pero, ¿estamos dispuestos a “echar la caña” con determinados muchachos a nuestro alcance (grupos parroquiales, familiares, vecinos)? ¿Invertiríamos tiempo, paciencia y oración en un primer acompañamiento (que luego derivaría al párroco, rector del seminario o delegado de Pastoral Vocacional)?

Oración final

«Padre, me pongo en tus manos. Haz de mí lo que quieras. Sea lo que sea, te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo. Lo acepto todo, con tal que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre. Te confío mi alma, te la doy con todo el amor de que soy capaz, porque te amo y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con una infinita confianza, porque Tú eres mi Padre» (Ch. de Foucauld).

A continuación, si es posible, sugerimos escuchar el salmo 103, musicalizado por la hermana Glenda: “Confiaré en ti”, n. 7 del disco “Con nostalgia de ti” (Producciones La Raíz). Al terminar, todos rezan unidos la oración del Día del Seminario de 2013.